

¡HAPPY BIRTHDAY TO YOU!

¿Quién no recuerda la voz sensual, joven, libidinosa y adúltera de la escultural Marilyn cantando en público su particular *doctrina Monroe* al presidente de los americanos? “JFK – se oye bajo las dulces sílabas de la canción – “you are *only for my*”. Las grandes amantes tienen siempre a las mujeres legítimas como usurpadores poderes interviniendo contra toda diplomacia erótica en un lecho extranjero. Aquella imponente rubia, hija de Venus, y aquel irlandés de cara bobalicona, hijastro del tío Sam, se entendían perfectamente a oscuras y en celada sin necesidad de soplar en la noche las velas previamente encendidas por la mañana. El católico demócrata no alzaba su protesta ante las piernas herejes y el busto ortodoxo de una buena republicana oxigenada.

Pues bien, algo tan sencillo y familiar como cantar un “cumpleaños feliz” en torno a una mesa dispuesta con una tarta de chocolate posee - ¡quien lo diría! - un sentido profundo más complicado y revolucionario de lo que a primera vista parece a una mirada superficial. Los ideólogos de la chusma jacobina quisieron hacer del cristianismo un sistema astronómico. Cristo, según nos dice Volney, es un mito solar, una alegoría del movimiento de las esferas. Aquellas turbas andrajosas, desharrapadas y sedientas de sangre tenían una

obsesión extraña, propia de los maníacos compulsivos, hacia el “descamisado” Jesús de Nazaret. El calendario republicano, mediante un hábil fraude contable típico de la burguesía, alargaba la semana laboral hasta diez días, transformaba el día del Señor en “decadí” y, para cuadrar los números, las fiestas y los descansos, introducía en la contabilidad anual cinco días *moscosos* llamados entonces los días “sans culottes”. Si la Revolución había destronado a los soberbios retoños del Rey Sol ¿no podía también la Convención meter en cintura las revueltas de los astros y partir a su antojo las jornadas como se reparten los señoríos eclesiásticos y las tierras feudales? Ahora bien, pero, sin embargo ... los campesinos, educados en un viejo paganismo converso en doctrina católica, apostólica y galicana, se burlaron con desprecio de aquellas ocurrencias ridículas de la gente de la ciudad. ¡Trabajar tres días más de propina con el mismo reposo! Como los asignados o los jornales las semanas de diez días perdían una parte sustancial de su valor sagrado con la diaria inflación. “*Con la Iglesia se vive mejor*”, dijéronse a sí mismos los vendeanos, esos carlistones de la Francia contrarrevolucionaria.

En el Antiguo Régimen, la monarquía es católica o no es. Si el Poder no viene del Altísimo procede *por consiguiente* y en buena lógica cartesiana de la fontana plebeya del hondo valle. Montaña o llanura, *tertium non datur*. En la

concepción del mundo inspirada por el catolicismo el verdadero día del nacimiento del hombre es aquel en que se celebra el bautismo. Liberados del pecado original, puesto el contador moral de nuevo a cero y aunque añadamos luego otros pecados veniales o mortales a nuestra existencia, nacemos a pesar de todo con el agua bendita a una nueva vida de gracia. El nombre impuesto al varón o la hembra recién nacidos es uno más del santoral, uno de esos nombres que han llevado antes quienes la Iglesia nos muestra y ofrece como modelos de imitación. ¿Qué católico no olvidará antes la fecha huidiza de su nacimiento carnal que el día del santo benefactor que le acompañará durante toda su vida de cristiano?

Al examinar su partida de bautismo, un Chateaubriand, que no es ciertamente el nombre de un vino sino un legitimista monárquico, católico y francés, se entera de que durante la mayor parte de su vida ha creído falsamente haber nacido el 14 de octubre en lugar del 4 de septiembre del 1768. ¿No le cantaron jamás sus familiares al célebre escritor el consabido “happy birthday to you”? No era la moda de aquel siglo imbuido aún de las ideas cristianas. Pero llega de pronto con sus greñas alborotadas, la cara desencajada y el paso acelerado *madame* la guillotina ...

Cuando Dios cae de su magnífico y elevado pedestal ontológico cualquier pequeña razoncilla, casi divina, cuasi suprema, ocupa inmediatamente el trono dejado vacante por la acción de zapa de la

ociosa y corrosiva filosofía. Al ser aplastado el Infame por las botas de los rabiosos, la revolución abre también inopinadamente las puertas de las mazmorras a otras supersticiones más vulgares y menos afamadas. Desde la antigüedad pagana los hombres han pensado que la situación de los cuerpos celestes en el momento de su nacimiento influye en el desarrollo posterior de su vida. Cada hombre tiene su horóscopo personal, una carta astrológica, una fecha de nacimiento propia, individual e intransferible aunque la comparta con otros hombres y mujeres de su generación. Ese destino exclusivo solamente lo conocen las estrellas, un dios o la naturaleza. ¿No es conforme a la razón, nueva diosa, celebrar también con una fiesta señalada el día en que la República se enriquece con un nuevo ciudadano? Hasta entonces la fecha del nacimiento apenas tenía otro interés que el uso meramente pragmático, secundario, civil y casi limitado a establecer ciertos derechos de primogenitura. ¿Qué mayorazgo, qué títulos iban a heredar los hijos de los campesinos sin tierra y casi sin apellidos? En el rostro, en las arrugas, en las fuerzas declinantes, en la memoria de las viejas y en el orden previsible de sucesión en la bajada a la fosa quedaba consignada la edad cronológica de aquellos hombres y mujeres a quienes poco interesaba conocer el número exacto de días que cargaban su yugo desde la cuna hasta la sepultura.

Cuando los ciudadanos de la República necesitan levantar el magno edificio de los registros

civiles están obligados a acudir a las actas que dan fe de la vida religiosa y sacramental del pueblo al que se pretende extirpar radicalmente sus creencias sobrenaturales. Pero ¡ay! que del viento surge la tempestad. ¡Tantos archivos parroquiales han sido quemados o desorganizados durante el curso de la revolución! ¿No es entonces precisamente cuando el río desbordado borra las lindes de la propiedad y la memoria de los siglos pasados cuando los oportunistas y los falsificadores pueden sacar beneficio de las aguas crecidas de la revolución destructora de miles de documentos? Aquel hijo de artesano podrá ser luego durante la Restauración un oscuro descendiente de un tal marqués de Carabás. La emperatriz Josefina – disculpemos la coquetería femenina – cambió la fecha de su nacimiento en el acta de matrimonio. ¡Se quitó cuatro años! El mismo Napoleón (¿Bonaparte o Buonaparte?) hizo probablemente desaparecer el acta de su nacimiento cuya fecha por otro lado nunca fue precisada exactamente. ¿Había nacido el 5 de febrero de 1768 como afirma el acta de celebración de su primer matrimonio? ¿O acaso vino al mundo el 15 de agosto de 1769 como él mismo creyó siempre durante su vida? De ser cierta la primera fecha el militar corso habría nacido cuando la isla de Córcega no era aún francesa ... Luego, el emperador de Francia ¡era un extranjero! Si la célebre Agustina de Aragón no es aragonesa ¿es francés al menos el general en jefe de la tropa de los gabachos? ¿O bien el soldado Bonaparte, el hijo

de la Revolución, el corso que nunca escuchó cantar en su vida un “cumpleaños feliz”, es solamente un “ciudadano de patria dudosa”? Como la dinastía de los Borbones, extranjeros en las patrias que ellos mismos han creado, Napoleón lleva consigo también su propia nación bajo la suela de sus zapatos. El emperador, el héroe de Austerlitz, el carcelero de Pío VII, no supo jamás el día exacto en que doña Letizia de Ajaccio parió aquel monstruoso cachorro híbrido de león y águila imperial. ¿Celebró acaso el nuevo Carlomagno su santo ya que nunca pudo apagar las velas en su cumpleaños? ¿Existe en el santoral algún san Napoleón? Y si lo hay ¿no está tocada de muerte su onomástica santidad como sucede con los nombres de Caín o Judas?

El Poder tiene sus ventajas. Un rey judío halló “casualmente” guardado en un armario de hierro del templo un libro de la Ley que le permitió llevar adelante, con la ayuda del cielo, su política de restauración religiosa. Y después del pacificador Concordato de 1801, en la renaciente Francia imperial, una legión de eruditos galos se puso a la tarea encomiable de examinar miles de documentos y legajos para hallar o, en su defecto, inventar un san Napoleón en la historia de la Iglesia. Al final ¡eureka! Lo hubo, sí, existió – *si non è vero è ben trovato* – un tal santo, mártir natural de Neapolis, ignorado por los bolandistas, y que para mayor gloria del Emperador había sido también un valeroso guerrero. La fiesta de san Napoleón fue

fijada ¡cómo no! el día 15 de agosto, supuesta fecha de nacimiento del corso. Sin embargo, el nuevo Ciro de las Galias tuvo siempre oculto en lo más profundo de su corazón un deseo frustrado: ninguna rubia de naturaleza generosa y desbordante le susurró al oído aquello de “*happy birthday, Mr. President, happy birthday to you*”.